

DISCURSO GRADUACIÓN

Ilma. Sr. Vicerrector de relaciones internacionales y extensión
unviersitaria.

Ilmas. Autoridades

Distinguidos padrinos y madrinas

Queridos compañeros y compañeras de promoción

Estimados familiares e invitados que nos acompañáis hoy aquí

Señoras y Señores

Como actores que saludan acabada la función, van saliendo hoy a escena imágenes y recuerdos de nuestra vida escolar y de nuestra etapa universitaria, como si hoy terminase esta obra de teatro que nunca acaba.

Saluda en primer término, nuestra profe de infantil, con su babi azul y naranja. Lleva tras ella un trenecito de niños y de niñas con la cara y las manos pintadas de témpera amarilla, verde y roja. Y solo un instante después, me veo bajar por el tobogán del patio de mi escuela con mis coletitas cortas y graciosas; corro a dar de comer a las muñecas en la cocinita preferida de mi clase, mientras una gran ballena azul surge desde las paredes de los pasillos de mi cole e inunda todo el escenario. Pronto se disipa y

tras los primeros aplausos, aparece mi compañero Mohamed, asustado y nervioso. Va envuelto en palabras de bienvenida escritas en distintos idiomas y apenas se atreve a saludar con su sonrisa pícaro. Tras él, grandes carteles con cuentas de restar, multiplicar y dividir, se despliegan por las paredes de todo el teatro y ocupan el escenario entero. Canta en el fondo el coro del Instituto y una gran carita feliz de color verde fosforito flota en el aire y se esfuma fugaz como una pompa de jabón. Hay silbidos y abucheos para Doña Selectividad y, de pronto, cambia todo el decorado y una Universidad joven y radiante va surgiendo de abajo a arriba elevada por todos nosotros mientras muy poquito a poco va cayendo el telón. Un telón que baja pero vuelve enseguida a subir para dar paso a un nuevo estreno teatral.

Un estreno en el que todos los que hoy nos graduamos somos los protagonistas. Un debut para el que llevamos preparándonos mucho tiempo con ensayos de mesa, técnicos y de pie, incluso con preestrenos. Pero, se aproxima el momento. Ya las carteleras y los paneles publicitarios de la gran ciudad anuncian el inminente estreno de nuestra primera obra teatral. Su título: TRABAJAMOS CON PERSONAS.

Ha comentado el autor en ocasiones, que fuimos nosotros, los actores, quienes por mayoría abrumadora propusimos que así se

denominara, ya que este título encerraba el vínculo que a todos nos unía, era la razón fundamental que nos había llevado a aceptar nuestro papel en esta actuación: TRABAJAMOS CON PERSONAS.

Cierto es que antes de hacerlo, rechazamos otras ofertas, otros papeles que nos prometían un éxito económico mucho mayor y un prestigio seguro. Costó decidirse, pero, finalmente nos sedujo el argumento de la obra: Promover el cambio social; incorporar individuos a la diversidad de redes sociales para desarrollar su sociabilidad y su promoción cultural y, por fin, educar. Como decía Gabriel Celaya “poner motor a una barca, medir, pensar, equilibrar y poner todo en marcha”

TRABAJAR CON PERSONAS y no con máquinas. Llevar a escena un papel en el que no producimos bienes materiales inmediatos; no compramos ni vendemos ni obtenemos plusvalías; no hacemos que mañana suba la bolsa ni que al día siguiente baje la prima de riesgo; nuestros encargados de vestuario no han elegido para nosotros trajes negros ni corbatas rojas o azules. Tenemos un papel protagonista, pero estamos preparados para darnos por bien pagados con una sonrisa, con un abrazo o con un “gracias” sincero. Estamos listos para que el público en ocasiones nos ovacione y en otras abandone la sala en silencio. Y nos conformamos con sembrar semillas no siendo agricultores, con

conectar bombillas no siendo electricistas, con abonar flores no siendo jardineros...Porque los Trabajadores Sociales, los Educadores Sociales y los Maestros tenemos por delante una tarea en la que nos toca hacer, saber y ser un poco de todo.

Permitidme dedicar siquiera unas palabras a uno de los actores principales de nuestro estreno: el maestro, la maestra.

Ya desde antes de nacer, cuando mi madre rompió aguas por los pasillos de su escuela, percibía muy dentro de mí, ese ambiente inconfundible de la clase rebosante de colores y sonidos, de dibujos, letras, juegos, ilusiones y sonrisas. Ese ambiente que te envuelve, te atrapa y nunca más se separa de ti. Ese mar de ojos marrones, azules, grises o negros cuyas olas te calan entera por dentro. La magnífica diversidad de aquella escuela multicultural que me vio nacer y que se apoderó de mí para siempre.

Y allí, sola, en medio de tanto ruido, rodeada de tanto compromiso: la maestra, el maestro.

Un maestro que guía la manita tierna de una niña que, quizás mañana, escriba un libro memorable; una maestra que se deja robar el corazón mientras enseña, que cada día deja pizquitas de lo mejor de sí misma derramadas por su clase; un maestro que llega al cole cada día cargado de ilusión y de proyectos nuevos; una maestra que enseña y aprende a la vez, que nunca se cansa

de aprender, porque es como el viejo actor que representa la misma obra durante años, pero para el que cada función es nueva, cada día un reto distinto, un público diferente, cada tarde una palabra que no suena igual, un gesto hasta ahora escondido, una mirada y una emoción desconocida... El viejo actor que representa el papel del nuevo y joven maestro, porque en su escuela conserva el alma joven, el alma innovadora. La maestra nueva que ama la diversidad, que apuesta por la interculturalidad. Es este el papel de maestro que os invito a que representemos en nuestro próximo estreno.

Es esta la maestra que desde niña busqué ser. Y ahora, de pronto, siento el miedo escénico que atrapa al actor nobel y la emoción inmensa envuelta en responsabilidad infinita de llevar a la escena un papel de maestra para el que no sé si estaré preparada, aunque siempre me consuelo oyendo a mis padres, que tras 30 años de docencia dicen seguir aprendiendo cada día, en cada clase, de cada alumno.

Y es que, quienes trabajamos con personas, tenemos un temario que aprender que nunca acaba, un currículum infinitamente más extenso que el oficial, un libreto nuevo cada vez que se abre el telón.

Permitidme pues, que os invite a aprender cada día, para que esta sea una de las muchas graduaciones que aún nos quedan,

porque es necesario graduarnos en ilusión, entusiasmo y entrega; necesitamos un máster en empatía, en sentido común y otro en responsabilidad. Para representar nuestra obra TRABAJAMOS CON PERSONAS son necesarios aún muchos ensayos en los que fomentar el espíritu crítico, el saber escuchar, el respeto, la humildad... además de una doble titulación de grado en paciencia.

Os invito a entrar por las anchas puertas de las Universidades de la vida y de la experiencia para graduarnos en ellas en todos estos valores tan necesarios para nuestra vida laboral, sin los cuales, la formación académica se queda del todo hueca.

Quisiera acabar mandando flores del color del arcoíris a todas las personas que desde la Escuela, el Instituto o la Universidad han contribuido a mejorar nuestra educación y a fortalecer nuestra formación como Trabajadores Sociales, Educadores Sociales o Maestros.

Nuestro recuerdo, también, para dos personas muy apreciadas y conocidas en la facultad y que nos han dejado recientemente: Don Agustín Albarrán (conocido por todos como Gus), Técnico de Medios Audiovisuales de la Facultad y Don José Antonio Gil Verona, profesor en la Mención de Audición y Lenguaje y en la de Educación Especial.

Y, ¿cómo no?, nuestro abrazo emocionado para nuestros padres y nuestras madres por ser los verdaderos directores y productores de esta obra de teatro que ya estrenamos, porque compañeros, compañeras, amigos y amigas, ¡SE ABRE EL TELÓN!
¡COMIENZA LA FUNCIÓN!

ALBA SERRANO GONZÁLEZ